

El paria paráltico repantigado en su silla de martirio,
 lloraba á lágrima viva. La gallina huyó cacareando.... y
 después, sólo se oyeron terribles sollozos mientras las cam-
 panas de San Marcos seguían carcajeándose, carcajeándose
 inexorablemente.....

EL ENVIDIOSO

“Quien hoya cava, en ella caerá, y quien
 vallado deshace, le morderá culebra.”

(Eclesiastés. Cap. X, Vers. 8.)

EL ENVIDIOSO

Todos sus compañeros le decían "El Ratón;" su verdadero nombre era Jacinto Montes. Hijo de un pobre panadero, Jacinto había pasado los primeros años de su vida en la ignorancia y la oscuridad más completas, sumido allá en la callejuela hedionda que á mañanas y tardes se impregnaba, sin embargo, de un sabroso olor á pan cocido.

Compon'ase la panadería de un reducido cuartucho donde se expendían los calientes bollos, amontonados sobre el forro de zinc del mostrador sucio, negruzco, recubierto en su frente por una gruesa capa de grasienta mugre que los marchantes del apartado barrio habían ido acumulando con el constante roce de sus mandiles enhollinados, oleosos, de sus mantecosas enaguas y de sus manazas olientes á carne fresca y á cebolla, que jamás probaban el agua. Un gran letrero en caracteres de papel esmaltado sobre fondo negro: "No se fia," y una imagen de San Juan Nepomuceno, se destacaban en un armazón de madera todo salpicado de excrementos de moscas, con sus correspondientes tablas atestadas de roscas, *bolillos*, *teleras* y *chamucos*. Detrás, un estrecho pasadizo, húmedo y sombrío conducía á otra pieza más extensa, miserablemente amueblada, con dos ó tres rinconeras de patas en forma de S alargada que sostenían

grandes capelos de vidrio entre los cuales se veían santos de cera vestidos de raso; pericos de yeso, con innumerables estampas y figurines de todos géneros cubriendo las desconchadas paredes donde las arañas tenían sus intrincadas telas polvosas, con dos lechos antiquísimos de madera pintada de verde oscuro en uno de los cuales, que lucía espesa colcha de cuadros añadidos y abigarrados, dormían Don Fabián y la señora Juana, padres de Jacinto; y en el otro, blanquísimo, de latón, hasta lujoso, este último que pasábase los días enteros tumbado sin hacer nada, con la voluminosa cabeza apoyada sobre las manos entrelazadas bajo la nuca, tendido boca arriba cuan largo era, los brillantes ojos oblicuos y negros, origen de su apodo fijos en los largos tarugos torcidos del techo, soñando en grandezas imposibles que iban infatuando su burda razón de ignorante paria; y mientras, allá, en el bodegón del amasijo que despedía un fuerte olor de agria levadura, y en los ahumados hornos á los cuales se llegaba atravesando un patio empedrado y fangoso donde crecían robustas ortigas entre las junturas de las piedras, y se alzaba una raquíca higuera nudosa de color de pizarra, y dormitaba amarrado á una estaca un gallo viejo, pelón, tuerto, cuyas patas causaban asco por lo escamosas y repugnantes, oíase con tantamente el golpear de la masa sobre las sudorosas espaldas de los obreros, el precipitado resoplar de éstos y el crepitar de los hornos que arrojaban por sus anchas chimeneas, acres y espesas bocinadas de humo.

El viejo Fabián, un hombre incansable á pesar de su obesidad, alto, atlético, renegrado, en mangas de camisa, con su sombrero de inmensas alas eternamente encasquetado en la amelonada cabeza, su enorme barriga reciamente ceñida por una roja banda á guisa de cinturón, sus pantalones grises manchados de harina, y sus rechinadoras leguas amarillas claveteadas y torcidas, daba órdenes con

voz robusta y destemplada, con el grosero acento de nuestra gente baja; andaba de aquí para allá quejándose de sus callos, inspeccionándolo todo, vigilando á los panaderos, dando sus órdenes:

—¡Eba, tú, *Pitacochi*, atiza más el horno! Tú *demonstre* de Nazario, no miras que le falta más *güevo* á esa pasta? Saca más agua del pozo, *Rucio*, pa que frieguen las tinas; y tú, Juana, á ver si te estás pendiente de los *entriegos*: ora en la mañana ái vino á decir la *curra de enfrente* que no le llevaban temprano los *virotos* y *guaguarib* hasta que le dió la gana. Pos cómo ha de atender uno á todo, hombre!

Soltaba una pa'abrota, encolerizado. Todos eran unos flojos que no sabían desquitar el jorral y le robaban. Además, la harina, los *blanquillos*, la manteca y el azúcar, estaban por las nubes. Los marchantes ya no le querían *merc*ar sus *semitas* ni sus *cocoles* porque estaban más chicos y aseguraban que sabían al *vivo salvao*. Así, cómo había de andar el negocio? Luego, hasta su compadre, el que le *metiera el hombro pa* levantar aquello, se había *rajao*.

Se arrancaba los sudorosos pelos, jurando, echando pestes contra todo el mundo; y su vozarrón de toro iritado dominaba el griterío de las viejas que se apretaban en el pequeño expendio, empujándose, pisoteándose, agitando sus canastas, pidiendo todos á un tiempo la necesaria mercancía:

—Doña Juanita, tres *manos* de *diaguinas*!

—Despácheme, *ññor* Fabián, que se me hace tarde y todavía tengo que ir hasta el *Merca* de Terán: ya tengo aquí dos horas.

—A ver mi feria, *mialma*: me falta real y cuartilla.

—No *vido* que le dí un peso?

—Andele, *ññora*, pos hasta qué horas me da *medio de estribos*!

—¡Mis pilones! ¡mis pilones!—gritaba una chiquilla rubia y baraposa.

—¿No hay *torcidos de huevo*? ¿No? ¡Um!.....

—Yo ya me voy: aquí no la despachan á uno luego, luego. Todos se vuelven *borucas*.

—¿*Quiubo, chula*, qué sucedió del *tornillo* que le pedí?

—¡Cuatro reales de pan francés!

—¡Un beso!

—Una *enmantecada*!

—Un *chamquito*!

Los dos viejos no hallaban á quien atender. Apesar de su larga práctica en el despacho, se aturdían, perdían la calma entre aquella formidable barahunda. Don Fabián exclamaba iracundo:

—¡Voy! voy! No tengo cuarenta manos!

Les arrojaba el pan con rabia, cansado ya de aquella vida.

Sin embargo, era un buen hombre. Todos sus desahogos pasaban como una intempestiva tormenta, y volvía á ser el pacífico viejo; que sufría un gran pesar: el de ver á su hijo predilecto, Jacinto, tumbado ahí todo el día como un perro holgazán, sin querer trabajar en nada, comiendo y durmiendo únicamente.

—¡Ayúdame, hombre!—le decía con frecuencia y en tono de dulce reproche. Ya estoy cansado y viejo, tu madre trabaja mucho; apenas sacamos lo necesario; y tú; que eres un hombre hecho y derecho, te estás tirado todo el tanto día de Dios roncando como un cochino.

Jacinto gruñía, fruncía el ceño y se incomodaba:

—Yo quiero estudiar,—decía. Quiero ser licenciado y no un infelíz panadero, ya te lo he dicho, padre, déjame.

—Sí, déjale, Fabián,—asentía doña Juana. El muchacho no nació para ésto. Esto se queda para nosotros, que somos unos brutos, pero no para él. ¡Quien sabe si mi

hijo llegue á ser de veras un gran *licenciado*! Lo haremos que vaya á la escuela. Tú y yo seguiremos trabajando, y con nuestros ahorritos no le faltará nada: para eso somos sus padres.....

Después añadía dulcemente:

—Tenga, tenga, mi hijo, su peseta, váyase á dar la vuelta, que mientras viva su madre, nada le ha de faltar.

El flojo Jacinto se desperezaba, se vestía con aparente fastidio, disimulaba su alegría, daba dos ó tres vueltas por la pieza para desentumecer sus arqueadas piernas, embolsábase el dinero, cogía su sombrero y salía á la calle no sin haber hurtado uno ó dos duros del cajón donde se guardaban las ventas, cantidad que derrochaba en copas, regalos para sus novias, paseos al río, almuerzos y compra de novelas, porque Jacinto, aún cuando no había estudiado en ninguna escuela, sabía leer, única cosa de provecho que aprendiera en sus largos días de *dolce farniente*.

Y estos robos se verificaban á diario, sin que los bondadosos ancianos pusieran el necesario correctivo.

—Ya está grande. Las mujeres.....—decía maliciosamente doña Juana.

Tales subtracciones precipitaban la casa á una segura ruina, pero ni Don Fabián se amilanaba por ello, ni Jacinto procuraba disminuirlas dado como era á figurar en primera línea entre sus compañeros de vagancia que lo explotaban á fuer de redomados pillos; y tanto lo ensalzaban, y tanto alababan su natural talento, que él llegó á creerse más inteligente que el mismísimo Padre Eterno.

Entretanto, su madre, durante los momentos de poco trabajo, le zurcía, le lavaba y le planchaba la ropa; procuraba que siempre tuviera vestidos nuevos, flamantes y caros; comprábale buenas corbatas, sombreros y calzados; cuidaba de que nunca le faltaran cigarros ni omitía sacrificio alguno para la mayor comodidad del inútil perezoso

que pagaba todo ésto con malos modos, insolencias y humillaciones. El mejor lecho, el pan más fino, la chuchería más bonita, eran para el hijo mimado. El otro, un pobre diablo enteco, cascorvo, con cara de musarafia, menor que Jacinto, trabajaba de aprendiz en una sastrería; pero nadie se ocupaba de él: era como el hongo de la casa.

—Jesús, llévalos de cenar á los puercos.

—Jesús, anda á comprar el mandado.

—Jesús, barre la calle.

—Jesús, échale su maíz al gallo.

Y Jesús, antes de marcharse al taller, barría el despacho, aseaba la habitación de Jacinto en la cual dormía tirado en una *zalea* llena de pulgas, barría también el herboso patio y el corral donde gruñían dos ó tres cerdos bajo los haces de leña verde; y cuando regresaba todo mustio y encorvado, soportaba las insolencias y golpes de su hermano mayor que lo tenía uominado como á sus débiles padres. Era, en fin, el mozo, el esclavo de todos, hasta el mandadero de los peones que lo obligaban á llevarles *tragos* de mezcal á urtadillas del temperante Don Fabián

Apeado y tonto, se quejaba:

—No me pegues, Jacinto, no seas mala gente.....

Una vez, habiéndose reusado á limpiar el calzado del Sr. Don Jacinto, éste, alevosamente lo empujó contra la puerta del horno. El infeliz cayó de bruces sobre los leños ardientes y sufrió tan graves quemaduras en el rostro, que para siempre quedó desfigurado, como si se hubiera salvado de la viruela negra, con horribles cicatrices que le daban un aspecto lastimoso y ridículo.

Tan malvado é injusto proceder, le valió al "ratón" una sencilla reprimenda de sus padres. Envalentonado, sabiendo que éstos soportaban y consentían todas sus maldades, hízose el amo absoluto de la casa no pasando

día sin que algún sufrido operario fuera despedido de ella porque al niño no le parecía bien que aquel tuviese algo que éste envidiaba. Repetía á menudo:

—Yo soy superior á ustedes.

Y de tal manera los había sugestionado, que ya todos lo obedecían sin réplica.

Por fin, tras muchos ruegos y lloros de sus padres, el haragán accedió ingresando desde luego á la escuela donde huelga decir que fué el más desaplicado, insolente, envidioso, y altanero de sus condiscípulos. Un objeto ajeno, bastaba para despertar su envidia; una posición superior á la suya, para aumentarla. Si algún compañero tomaba una iniciativa, él se la apropiaba. A su propio juicio, lo mismo en insurrecciones escolares, que en travesuras, triunfos ó adelantos, él era el alma de la escuela. No soportaba que nadie lo humillara; exigía sumisión, afecto y respeto de los demás, aunque él mismo los odiara gratuitamente. Así, envenenando su pecho con secretos y nuevos rencores, iba sintiendo poco á poco, sin darse cuenta de ello, un odio tremendo contra todos y contra todo; pero cobarde é hipócrita, comprendiendo que su baja posición social sólo le acarrea punzantes sátiras y amargos desengaños, no osaba enfrentarse con ninguno, sino que lo hería á mansalva, pérfidamente, con la acerada punta de su facundia calumniosa.

A la edad de diez y siete años ingresó al Instituto con más hiel en el corazón que saber en el cerebro. Sus exigencias y ambiciones aumentaron con su tenacidad de una manera alarmante. Su voz, como que ya era la de todo un señor estudiante, adquirió un acento pedantesco, autoritario, inapelable, silbando las *eses* y frunciendo los burdos labios de autentico chichimeca, con ridículo gesto de viejo dómine. Hablaba, y alargaba la boca para hacerla aparecer pequeña y graciosa; tomaba afectadas posturas si

de algún asunto serio se trataba, y externaba su opinión con aplomo, cnicamente, como gloriándose de poseer una razón recta ó un genio de vidente. Procuraba, además, rozarse con gentes ilustradas, ya para rebatir por el sólo placer de distinguirse, sus opiniones, ya para atesorar conocimientos con los cuales deslambra más tarde á sus intonsos compañeros. Entre éstos, calumniaba é insultaba á aquellas; con estas, demostraba un profundo desdén hacia la juventud luchadora. Era Cuasimodo con el alma falaz de Yago. Su físico estaba á la altura de su ser moral, y como todos los individuos de alma monstruosa, le agradaba ir bien acicalado creyendo que un lujoso traje ocultaría los defectos de su persona. Ya no fué el muchacho malcriado que se contentaba con un mediano traje: ahora exigía ropa bien cortada, sombrero de bola, altos cuellos postizos, botines de charol, reloj de oro y todo ese boato propio de los *snobs* sin meollo y sin dinero. Quería igualarse á ellos si no por la nobleza (?) de la cuna ó la influencia del capital, sí por la manera exagerada de vestir. Considerábase profundamente humillado al no sobreponerse á ellos en todo, y como preciso es confesarlo, poseía un poco de talento, logró disminuirlos con su verba hueca en la que nadaba como una gota de aceite que se ensancha sobre la superficie de un charco, su solapada agresión contra todo individuo de más valer que él. Si tal ó cual, hastiado de su tiranía, lo apostrofaba enérgicamente, cambiaba de táctica y lo adudaba por miedo; pero más rencoroso que nunca, en ausencia de aquel difundía versiones asquerosas, versiones que más de una ocasión le valieron sonoros bofetones. El sólo hecho de que otro pudiera más físicamente ó moralmente que él, bastaba para agigantar su innoble conducta. Tenía además un don especial para intimar con los desconocidos á quienes descaba atacar: halagándolos y censurando á los enemigos de és-

tos, lograba que le abrieran sus almas y una vez conocidos los sentimientos íntimos, abusaba cobardemente propagando lo que se le había dicho confidencialmente. Si hubiera nacido apóstol, habría vendido á Jesús. Para él no existía ninguna idea noble; ante su egoísmo lo sacrificaba todo: patria, sociedad, familia. Fué una precoz maldad la suya. Era como una planta de beleño que ya al nacer envenena. ¿Cómo, por qué raro misterio psicológico, aquellos dos buenos viejos habían engendrado un sér tan deforme y anormal? ¿Desde qué ignorado bisabuelo venía el espermatozoide maldito? Ciertamente que todos los hombres llevamos más ó menos arraigado el germen del mal, pero en Jacinto se manifestaba reconcentrado, refinado. Diríase que en sus circunvoluciones cerebrales, sólo predominaba lo que crea la destrucción. Donde quiera que estuviese, Jacinto destruía: principios, ritos, afctos, lo mismo un mueble que una reputación, y al hacerlo, reía diabólicamente, con una risa tan repulsiva, tan inhumana, tan patológica, que al oirla causaba un indecible malestar: era su arma la más temible; cuando él reía, todos lo abandonaban..... Para dar una idea mejor de la sensación que su risa producía, imagínese el lector la absurda risa de una tarántula monstruosa que gozara al clavar en él sus velludas patas horribles y lo magnetizara con el frío brillo de sus ojos saltones y espectrales..... Mas, por fortuna, él mismo desconocía el poder de tal manifestación, y cuando penetraba á su alma para profundizar el abismo de ella, descendía como un murciélago, aleteando entre el obscuro pozo del que parecían emanar mefficos miasmas que lo embrutecían, azotando con sus negras anfractuosidades en cada una de las cuales lo atenaceaba una amenazadora antena, lo estrujaba una invisible garra, lo pellizcaba una férrea tenaza, lo asfixiaba un helado tentáculo, ¡minábalo

algún taimado barreno, lo hería algún enorme colmillo, lo succionaba alguna voraz ventosa, lo desgarraba alguna uña gigantesca, lo rozaba alguna fría escama ó lo suspendía algún garfio éseo para martirizarlo y mostrarle ahí en el espantoso vacío, toda la horripilante serie de pasiones que lo esclavizaban; y ni una luz en el fondo, ni un reflejo consolador; solamente el eco siniestro de su risa que retumbaba sordamente como los incensivos truenos del Despecho encadenado....

Muchas noches, á solas, se roía el alma pensando en su impotencia. El quería desquiciarlo todo de una vez, derribarlo, aniquilarlo, ahercar á la humanidad entera con un sólo lazo para saciar su loco rencor y su irracional venganza. Lo invadía una marabra tristeza, la terrible y devoradora tristeza de *querer* y no *poder*; sufría un lento martirio, comparable al del iluso que intentara ascender hasta lo infinito para arrancar una brillante estrella..... En la oscuridad infernal de esas noches larguísimas, lo asaltaba una cólera reconcentrada; descargaba furiosos puñetazos y mordiscos sobre las almohadas, como si la humildad de aquel lecho fuera la causa de todos sus punzantes sufrimientos. El roncar apacible de su familia, descansando en paz después de la febril faena cuyo producto era para mantener la falsa posición, los crecientes vicios y las punibles ambiciones de él, causábale ira, le parecía grosero, indigno de su pensamiento paradójico. Aquella tranquilidad de conciencia que su familia disfrutaba y la relativa dicha de los demás, constituían su mayor tormento. El hubiera querido substraerse á su contagio, humillábale pertenecer á unos padres así, tan sencillos, tan humildes y tan honrados. Se juzgaba superior á ellos, considerando como un alto favor el permanecer á su lado, acostado ahí en aquella modesta cama, bajo aquella miserable casaca que su pensamiento no podía convertir en opulentísimo palacio. Pero

lo que más le indignaba era sentir que por sus venas corría la sangre plebeya, *la maldita sangre de los pobres* como él la llamaba.

Habiendo leído á Nietzche, pensaba en la aristocracia del talento y se la aplicaba. Después venían las máximas de Gorki, de Renán, de Zolá, de Hartman, de La Carte, de Ruskin á enturbiar su cerebro, á tirar de su *yo* de un lado á otro para arrojarlo indeciso y exánime en las vaguedades de la duda. Parcialmente admiraba sus genios, pero sin acertar á descifrarlos y sobre todo sin hacer una selección de buenas ideas que en conjunto le dieran la clave de la felicidad soñada, prorumpía su frase favorita:

—¡Qué imbéciles! Son unos pigmeos.....

Naturalmente, ante las personas sensatas, aparecía cómica su filosofía, movía á risa, inspiraba compasión aquella su errónea comprensión de la Vida y de la Fuerza. Daban ganas de decirle:

—¡Oh, tú, sapientísimo "Ratón," excelso dios Jacinto, ya que tan grande y poderoso eres, destruye el mundo y crea otro á tu sublime antojo!

El renegaba; precisamente aquella indiferencia y desprecio de muchos, lo traían calenturiento y abismado. Comprendía que su oscura personalidad, que su traje excéntrico, que su fácil verba, en nada influían para captarse el respeto y el cariño de ellos, y esta consideración embargaba de tal modo su espíritu, que sentía indomables ansias de apuñalearlos á todos, de escupirlos, de pisar los, de pegar fuego á su propia casa, al Instituto, á la Ciudad, á la República, al mundo, al Universo entero! Anhelaba la gloria, pero quería que ella descendiera á él sin que á su encalabrado intelecto le costara sacrificio conquistarla. Y entonces, razonando en todo ésto, febril, desesperado, hecho nudo bajo las mantas, las crispadas manos arrancando el erizo pelo que semejaba una espinosa melena de

puerco-espín, las uñas empotradas en el cuero cabelludo hasta ensangrentarlo, los párpalos fuertemente cerrados, resoplando por la nariz de lascivas alas que se contraían y ensanchaban como las de un tigre encadenado á dos pasos de la víctima ensangrentada, torvo, malévolo, se oía el rechinar de sus dientes en el silencio de la noche, como el que produce la escofina al morder el hierro, como el de la sanguinaria hiena que al pie de su caverna tritura nervios correosos.....

Estas noches de insomnio, para él tormentosas y eternas, pasaban dejando en su rostro la huella de un beso negro, y, en su alma, el asqueroso flemo que se iba acumulando paulatinamente en el fondo hasta cegarla, hasta dejarla desprovista de todo sentimiento bueno y humanitario. Hay abortos así, leprosos del alma, que ostentan con satánico orgullo las podredumbres todas de la humanidad: Jacinto era el perfecto tipo de ellos, tan perfecto, que cada mañana levantábase con nuevos planes de vengativa guerra. Aparecía tranquilo en apariencia, con la sardónica risa aquella manchando sus labios, el ancho torso echado hacia atrás con arrogancia, la raquífica frente altiva, el cuello sumido en los encoginados hombros, limpio y reluciente el postizo, flotante y enorme la corbata de bardo modernista, el libro bajo del brazo, el andar pretencioso y desgarrado, fumando con afectada insolencia un oloroso habano y dándose ínfulas de gran señor, siempre con aquella mueca chocante de sus labios gruesos y carnosos.

Atravesaba la plaza.

—Doy betún á su calzado, *mí jefe?* —le decía algún pilluelo limpia-botas.

—¡No, chico, lárgate! —protestaba él contrayendo el gran zigomático izquierdo y dejando ver sus colmillos amarillentos, remendados con oro, según la moda de estos tiempos.

Atravesaba después las calles exhibiendo su corta estatura, atuzándose el erizo bigotillo caído como el de los chinos, lanzándoles miradas de risible desprecio á las muchachas que encontraba, criticándolas para sus adentros, muy satisfecho de su *chic* y muy ampuloso. Si de paso tropezaba con algún maestro suyo, lo saludaba con estudiada cortesanía, pero apenas alejado éste, Jacinto murmuraba como siempre:

—¡Qué estúpido! ¡Es un pigmeo!

Y el talentoso gigante llegaba al Instituto, escupiendo de lado como la gente sin educación, rodeado por tres ó cuatro de sus inexpertos admiradores, de sus *pablitos* como él los llamaba, unos pobres entes que por miedo á sus burlas ó por desconocimiento de su carácter, lo veían con respeto y con admiración.

El, entonces, entre la turba de estudiantes, peroraba, disentía, blasfemaba, predicaba su filosofía con retumbantes frases de oropel que en los analfabetos oídos de su público, sonaban como campanas argentinas.

—La Religión es una solemne porquería. No existe más que el culto al *yo*: todos somos dioses. Convengan ustedes conmigo en que.....

—¡Bravo, Jacinto, bravo!

La chusma lo aplaudía sin que faltara algún irredento guasón que lo satirizara:

—¡Cállate, "Ratón" farsante; mejor anda á vender pan!

El chusco se escabullía seguido por las irritadas miradas del filósofo.

Este oía á cada momento la eterna burla, incapaz de borrar su origen humilde que para otro hubiera sido timbre de noble orgullo. Su hipocresía, su odio y su amor propio, fuéronse agriando hasta pintar su renegrada tez con un tinte verdoso de bilioso ególatra, y de tal manera